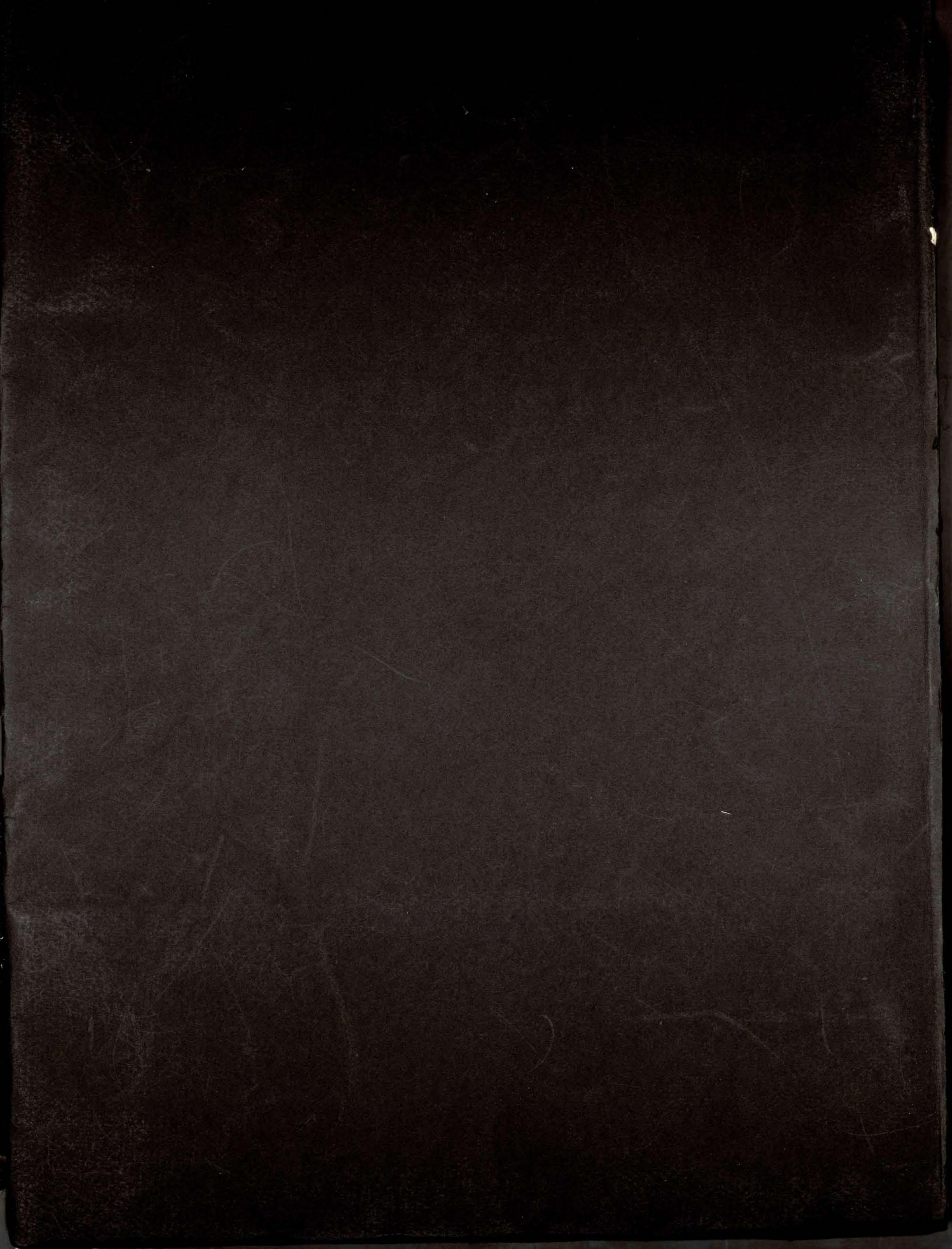
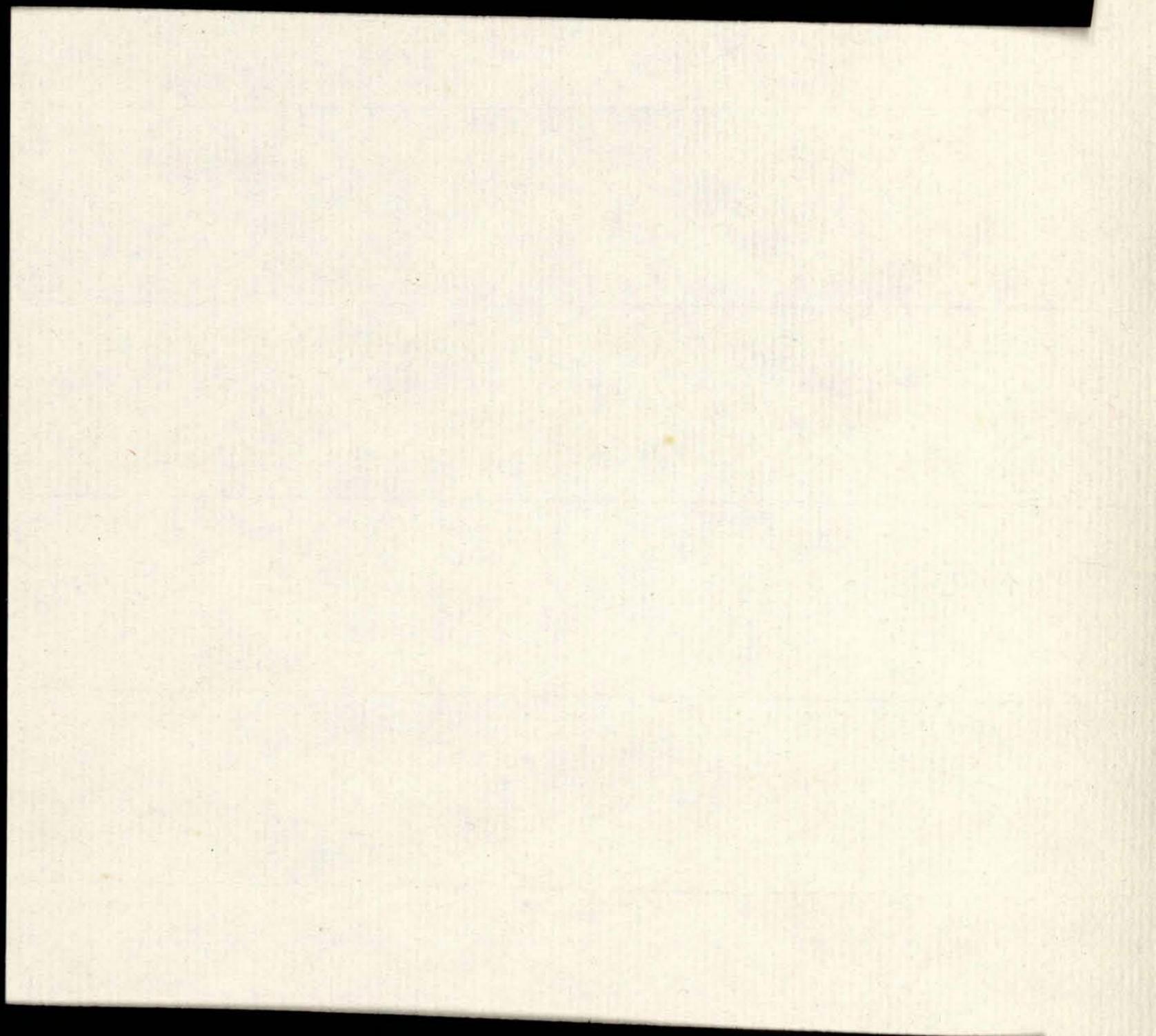


JERARQVIA



NAVARRA
INVIERNO
MCMXXXVI





LIBRAROVIA

JERARQVIA
*Edición limitada
de
cincuenta ejemplares*

EJEMPLAR

N.º 33

JERARQVIA

15 FEB 2009



N O T A

Nuestro anhelo cumplido, al fin, en esta primera aparición de JERARQVIA. Por el camino de la dificultad, áspera y gozosamente, vencida. Y bajo el signo de la Guerra. Que así queríamos fuese saludada con salvas de cañón y de fusiles. No es esta—lo sabemos—la edición definitiva. La caricia de una hoja buena de papel, la emoción de un tipo sereno de imprimir disponen al saludo cordial de la Sabiduría. Y todo vendrá con la Paz. Además el ámbito de nuestra publicación irá latiendo en el ángulo de la Filosofía y de la Poesía, agudo como un Flecha de oro de la Falange. Alumbrada en las Cuatro Estaciones del Año. Nieve. Flor. Espiga. Racimo. De nuestra Vida breve. Para la Vida eterna.

EDITADA POR LA JEFATURA NACIONAL DE
PRENSA Y PROPAGANDA
DE FALANGE ESPAÑOLA

DIRECCION LITERARIA
CUARTEL S. MARTINEZ DE ESPRONCEDA
PAMPLONA

ADMINISTRACION
JEFATURA NACIONAL — GARIBAY, 36
SAN SEBASTIAN

JERARQVIA

LA REVISTA NEGRA DE LA FALANGE

GOZO Y FLOR DE LAS CVATRO

ESTACIONES

EN NAVARRA ~ INVIERNO ~ MCMXXXVI

JERARQVIA

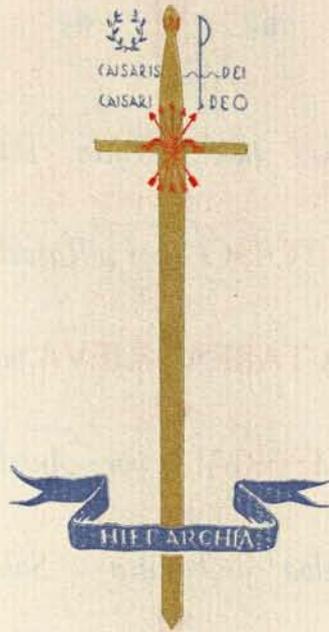
Guía
nacionalsindicalista
del Imperio
de la Sabiduría
de los Oficios

ESCVADRA DE JERARQVIA

JEFE ~ FERMIN YZVRDIAGA LORCA

CARLOS FOYACA DE LA CONCHA
RAFAEL GARCIA SERRANO
ALFONSO GARCIA VALDECASAS
ERNESTO GIMENEZ CABALLERO
PEDRO LAIN ENTRALGO
EVGENIO MONTES
MARTINEZ CRISPIN
ANGEL MARIA PASCVAL VISCOR
JOSE MARIA PEREZ SALAZAR
VICTOR DE LA SERNA

EDICION DE ANGEL MARIA PASCVAL
ILVSTRACIONES DE MARTINEZ CRISPIN



SONETO IMPERIAL

*Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
La Edad gloriosa en que proclama el cielo
Un Pastor y una Grey sola en el suelo
Por suerte a vuestros tiempos reservada.
Ya tan alto principio en tal jornada
Os muestra el fin de vuestro santo celo
Y anuncia al Mundo para más consuelo
Un Monarca, Un Imperio y Una Espada.
Ya el orbe de la Tierra siente en parte
Y espera en todo vuestra Monarchia
Conquistado por Vos en justa guerra.
Que a quien ha dado Christo su estandarte
Dará el segundo, más dichoso día
En que vencido el Mar, venza la Tierra.*

Hernando de Acuña.

T A B L A

JERARQUÍA, por Fermín Yzardiaga Lorca.

A ROMA POR TODO, por Rafael García Serrano.

SERMON DE LA TAREA NUEVA, por P. Lain Entralgo.

QVADRIVIO IMPERIAL, por Angel María Pascual.

POESIA, Arbeloa - Foyaca - Salazar - Iribarren.

TEXTOS. - Ocho Glosas, por Eugenio d'Ors.

NOTAS. - Coloquio, por Teófilo Ortega.

Letras, por Manuel Iribarren.

Campo, por Francisco Uranga.

Nacionalsindicalismo, por Fermín Sanz.

Jerarquía, por E. Giménez Caballero.

CAMPAMENTO. - Nuevo Cronicón de Cruzadas.
por R. G. S.

EL VASO DE RICINO. - La Política, por F. Y. L.

* * * * *

PARA DIOS Y EL CESAR





CRISTO

DESDE LA ETERNIDAD

VERBO EN LA BOCA DEL PADRE

PALABRA DE SABIDVRIA

LVZ EN LAS TINIEBLAS DEL MVNDO

ARMADVRA DE LA FE. CALZADA ARDIDA

DE NUESTROS PASOS

EL MAESTRO

TV IMPERIO INEFABLE DE LA

VERDAD Y DEL AMOR,

VNA

TODOS LOS PENSAMIENTOS VACILANTES

TODOS LOS CORAZONES DOLORIDOS

EN TV SIGNO

PORQUE ERES

PRINCIPIO Y FIN DE NUESTRA VIDA

DIOS.



JOSE ANTONIO

CAPITAN DE ESPAÑA

COMANDO EN JEFE DE LAS ESCUADRAS IMPERIALES

BRAZO DE LA FALANGE, ARDIENTE

DE HERMANDAD. VERTICAL DE

JERARQUIA. PENSAMIENTO Y VOZ

SOLDADO

DE TODAS LAS TRINCHERAS

PROFETA DE SANGRE

DE LA VIDA Y DE LA GLORIA DIFÍCIL

CESAR



MVERTOS

DE

FALANGE ESPAÑOLA

EN

EL AIRE, EN LA TIERRA, EN EL MAR

TRIGO DE ORO EN EL BARRO

NVEVO DE ESPAÑA. LVCEROS

EN LA NOCHE DE LA GVERRA

EXACTOS DE GVARDIAS ETERNAS

Y DE GLORIA.

MVERTOS

DE

FALANGE ESPAÑOLA

VUESTRA LVZ

NOS GVIE, NOS CONFORTE, NOS ABRASE

HASTA QUE DESCANSEMOS

EN

VUESTRA GOZOSA LVZ.

**IN
PA
CE**



JERARQVIA

ESQVEMA DE VNA MISION

POR

FERMIN YZVRDIAGA
LORCA

UNIVERSITY OF MICHIGAN

JERARQVIA

He vuelto del Frente, el alma en agonía, las manos mojas de sangre, los ojos cegados por la angustia del fuego. Mi amigo—le quería en el más ardiente signo de herman-

dad—hacia, de la muerte, bromas, en el parapeto de la raya de Francia.

—¡Ya no cargan!, dijo: y estirando los brazos, en un anhelo delirante de alas, saltó fuera. La ráfaga de la ametralladora ardió, un instante, su llama seca de acero. Le vi erguirse, en el choque bárbaro del plomo con la carne joven y jugosa.

—¿Llegó hasta el firmamento de un salto?—: sobre la camisa azul, unos hilos de sangre dibujaban las Flechas, el Haz: era todo el corazón, en una ofrenda de ansias, por España; y la espuma roja de los labios, como una rosa viva de la primavera azul, y en los ojos, y en las manos, y en los pies; se hacía carne sagrada la vieja Profecía y la sinfonía heroica de la Canción. Después se desplomó en la miseria del barro; quedó allí, con los brazos abiertos: como una cruz de eternidad: sobre la Tierra y cara a los Luceros.

Dijo el Cristo, refiriéndose a su sangriento reinar desde la Cruz: «Cuando fuere levantado sobre la tierra atraeré todas las cosas hacia Mí». Y, en el Imperio del Cristo, se abrió el mundo de las almas y de los corazones a inetable y gozosa Unidad: la Verdad de la Vida.

Ahora, en el dolor y en la gloria de esta Guerra de España, el Cuerpo de la Falange—carne gloriosa del amigo muerto, de todos mis Hermanos en las Escuadras Eternas incontables— se ha levantado sobre la tierra rota para juntar todas las cosas en un alto destino. La Unidad de las Españas. Dos Imperios. Dos Espadas. Dios y el César. Y, en medio, la Falange, la Guerra y Jerarquía. Con el cuerpo del amigo, que tenía sangrientas las Flechas, el Haz, sobre el corazón de su heroísmo.

*A*si cierra, en sangre, su ciclo de acero, una Edad Bárbara, en la Historia—dolor y ruina de la Guerra Europea, grandeza y gloria de esta Cruzada Nueva de España—: porque pensamos que el Cuerpo del Mundo tiene, aun, en occidente el Corazón y el Espíritu para palpar rumbos, para crear y recrear culturas.

Europa encadenada, ahora, pero en filo gozoso de liberación, de nacimiento, de bautismo.

La Edad Media le tejió en la frente una gloria de laurel: le resbalaba, entonces, por la carne fresca un brillo generoso de juventud: tenía en la mano artesana y castrense, espada de caballerías, de jerarquías y el arado que cruza la conquista de las cosechas: y en el corazón—nave—la vela henchida de audaces vientos marinos para misiones y navegaciones universas. Nació tanta grandeza de una interpretación de la Vida exacta, integral, fecunda.

—Tomarla, como predicaba el Cristo, toda escondida en la ingenuidad de las parábolas pastorales, lejos, muy lejos del humano maquinismo: como un campo ancho, al amor de los azules infinitos, roto en pentagramas calientes de sementera: allí la semilla de la mostaza o del trigo: la cizaña ansiosa y torpe que le agarrota en el crecimiento: la lucha áspera por el vivir diario: y luego, los ángeles justicieros y flamígeros, en el fin angustiado del hombre y del mundo, quemando, en crujir de espanto, la maleza de la cizaña, como osamenta de cuerpos malditos, y espigando el buen trigo, con brillos de oro y de sol, para la gran Siembra Sempiterna.—

A sí la Vida entendida, engarzada en las espinas de la cizaña, tiene una virtualidad suficiente para ser vivida. La Milicia, con su vigilia permanente de guardias, su virtud defensiva y su audacia ofensiva: merecer, en suma, las ascensiones faustas de la espiga, que se rompió de semilla en la tierra, que levantó, contra marea y viento, la caña débil, pero segura, para rozar, un día celestial, el azul eterno y angélico. Escuetamente. Clamar por un Destino inmortal del Hombre todo—conjunción admirable de Materia y de Espíritu—nacido del barro, acosado en sus ansias infinitas,—palestra de méritos,—por los deseos torpes, pesados, sucios del barro terrenal. En Milicia. En intemperie, en dolor de campamento, en trinchera. Aquella Edad áurea había incorporado, el pensamiento vital del Augustino, a la circulación maravillosa de su alma: la guerra de las dos Ciudades, angélica y satánica, en el mundo exterior de los Estados y en la interior esfera de los corazones. Se batallaba por las banderas del Gran Capitán Jesucristo en las tierras orientales de musulmanes y judíos: y también el hombre—cruzado de sí mismo—con los domésticos enemigos de su inmortalidad, que son los carnales apetitos, la sed de oro, hambre de orgullo, y el temblar impaciente del sexo: Pero la Civitas Dei debajo de la rodela del Caballero, del sayal del monje, del jubón del artesano, flameaba los banderines gozosos de la Victoria. Para Dios la Fe y la servidumbre ardiente, con la primicia de las oraciones del alba y de la tarde, y el deseo de custodia contra las incursiones del diablo. Para el César, el fruto, el brazo, la reverencia y el holocausto de la sangre: porque «regia por la voluntad de Dios» la Ciudad terrena para la divina Ciudad.

De este sentimiento de Milicia tenía que derramarse por todo el organismo individual y social, un ejemplo alegre de austeridades y de hermandades, de regusto celeste, presenciado. Miraba el Ciudadano, en el semejante, el mismo barro, iguales pecados y tentaciones, flaquezas y heroísmos gemelos. Un Principio, un Fin, y un Medio—toda la vida—en la identidad de las romerías y de los caminos: no podía existir la Jerarquía delante de la desnudez del nacimiento, delante del espejo sombrío y ejemplar de la muerte. Hermandad. Comunidad. Pero Dante—aquél Dante callado y enamorado de los puros paisajes florentinos, cerca de Roma, la Ciudad de Dios—aseguraba haber visto el Paraíso y el infernal fuego del cautiverio. Frondoso el símbolo, la intención aguda—áspera y malévola muchas veces—el entusiasmo ardiente, todo esto cantaba en el verso amoroso y teologal de Dante. Vió, sí: por poeta, profeta. Pero al romper, con su aliento místico, los velos azules de la eternidad encontró miríadas de constelaciones perfectamente distintas: un ángel distaba de otro ángel: grados de angeleidad. Jerarquía. Desde los ángeles ordinarios, custodios, de guarda y misión mundana, hasta las Virtudes, Potestades, Dominaciones y Tronos, Serafines y Querubines, que arden más y más en la llama pura y fervorosa de Dios. Sólo en la Divinidad no hay Jerarquía, sino identidad de Naturaleza, de ser y de existir: con relaciones de procedencia y de misión: El Padre Creador; el Hijo, Verbo; el Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, en la misma Naturaleza divina. Dante, bajó, después, con inquietudes de venganza al bátratro del fuego;—¡con qué gracia saludaría a Caronte, para aquella

navegación por las grutas maravillosas del tedio, del dolor y de la agonía pestilencial, donde él colocaría el castigo de sus enemigos!,—era ya, se sentía Dante un Jerarca, al contagio de la celeste visión: y admitía la Jerarquía adorable del Amor, dulce esclavo de Beatrice. YA allí, en aquel lamentar desconcertado e inútil de los precitos, vacíos del amor, de la verdad, de la Vida, en un vacío inmortal, con hambre y sed encarcelada, allí también vió Jerarquía de innumerables demonios y diablos bajo la cátedra espantable de Lucifer. Dante vivía el dolor del mundo, en las ausencias emocionadas del amor, en la angostura de su pobreza urbana, en el odio de los que le dentelleaban con la envidia: pero eran, al fin, sus hermanos. Francisco de Asís que dormía al lobo con el cordero, que hablaba con los peces y los pájaros y tañía inefables canciones con los sarmientos, en violín, de los caminos, le hubiera mirado, ásperamente, con desconsuelo y pena, como al lobo maravilloso de Gubbio. ¿Cómo estrechar Hermandad y Jerarquía? Con su DUX, con su MONARCHIA, con su SACER PRINCIPATUS. Con Jerarquía. San Pablo—le admiraba, con ardor, Dante—le ofrecía fresca e infalible, desde siglos, la solución. Distinctiones gratiarum sunt, idem autem, Spiritus. Y de esta diversidad de Gracias que la sola voluntad divina guía en el mundo, sacó Dante la Jerarquía de la Inteligencia que es el Imperio de la Verdad: la aristocracia de la conducta, que es Heroísmo en el corazón: el justo regimiento de los Hombres, de los Municipios y de la Tierra, que es Imperio del César: y la hermandad espiritual de las almas en el Imperio Universo de Dios.

Dios y el César. Así cuaja el sentido de Jerarquía en la forja heroica de las Dos Espadas. Pero yo diría ahora, escondiendo un poco este duro simbolismo guerrero, que tiende Jerarquía sus Dos Brazos. El Brazo invisible de Dios nos hace sombra deleitosa con su Providencia. El Brazo del César dibuja, sobre la tierra de sus Imperios, un ramo saludable: el Olivo de la Paz. Por eso Jerarquía dice inmediatamente Orden, Remanso, Equilibrio: la balanza de la Justicia en el fiel para ordenar lazos apasionados y violentos en la comunicación y contiendas civiles de los hombres; un remanso que es soledad para el buen trabajo de los campos: silencio en los Cenobios y en las Catedrales para tejer oraciones al Amor y a la Sabiduría en la rueda de oro del alma: y dulce recogimiento en los pesados Castillos para que el Señor piense estrategia de Cruzadas. Al amparo de la Jerarquía—yá de los dos Imperios—se para el Tiempo, los cuadrantes precisos, suficientes, para que Magister Mattheus talle los encajes de espuma en su Puerta de la Gloria y haga, de las Piedras, Jerarquía de Artesanía: para que el Cid corra todas las derrotas del moro y levante la Aristocracia del Heroísmo: para que saque Rolando todos los gritos de epopeya en su olifante, cantando la Jerarquía de la Inspiración y de la Belleza: para que el Magno Alberto, manipuladas todas las secretas esencias de la materia y del Espíritu, beba el vino gustoso del descanso en el cáliz de la Jerarquía de la Sabiduría; para que, en fin, Carlo Magno—aceitadas de consagración, la barba y la frente, con la espuela de oro calzada en manos papales—conquiste tierras y tierras y tierras para la ofrenda imperial a la Cátedra de Pedro.

Y así, de dos, salte un Imperio y una Jerarquía. La Obra Bien Hecha. De Oro. Edad Media. Con estas tres Herencias para la eternidad: la Línea recta que, en ansias inmortales, se rinde solo, en la gracia de la oración, por las ojivas: la Scolástica, árida, meticulosa, difícil—si queréis—pero abierta como genial método de la inteligencia: y luego el prodigio del Arca de los Reyes Magos en la Catedral de Colonia, que cinceló Maese Nicolás de Verdun, con inefable artesanía. Pero la Ojiva graciosa, y la Scolástica, y la Arqueta, tienen un secreto Dolor superado, confortado en la realización: el dolor cristiano, vida de la Edad Media: mirra en aquel cuerpo robusto, sano, maternal: sacramento, como las santas unciones de la postrimería, que le ha preservado de morir: para revivir, ahora, en la Jerarquía del Tiempo Nuevo. El dolor que es pura, sencillamente, ansia delirante de inmortalidad: de Dios.

Europa encadenada. Desde ahora os diré que en estos tres eslabones: igualdad, libertad, fraternidad: con el triunfo feo, maloliente, de la democracia de la sabiduría y de la conducta en el individuo, y de la social, en el sufragio estratalfario de los Reinos.

Os diré, cómo. Pues con aquella risotada, que quiso tener elegancia y pompa de renacimiento y no era más que rebeldía, záfia del Pensamiento humano: volutas rococó con la efímera consistencia del humo y de la fogarada; y un andar a pie, espeso, municipal, contra las maneras cortesananas de los Caballeros: y al fin, todo esto que dió en ser y nombre de comunismo, tirándose viajes de faca, en las tabernas apesta-

das, los hombres que bostezan y fuman. Fué así, en esquema: Kant se rebeló contra el Espíritu divino, Luther contra la disciplina de Roma: en suma, los dos, contra la Jerarquía de la Sabiduría: contra Dios. La Reforma ensanchaba las normas de la conciencia, y el corazón sin freno, sin fé, pecó fuertemente. De la parte inferior, sensible y sensiblera, subía la ponzoña hasta la inteligencia vacilante: no importa la rotulación bella de la herejía, careta, al fin de carnaval. Racionalismo, Criticismo, Liberalismo, Modernismo, Comunismo. Había de terminar en Miércoles de Ceniza el jolgorio del Placer y del Orgullo que movían toda la zarabanda de las cortes de los reyes Sol. Y la ceniza dolorosa y trágica, por toda la tierra de Europa que era un fuego colosal de odios, cantó el responso infeliz y sombrío de la Gran Guerra del Catorce. No merece mayor empeño de análisis la fría herencia melancólica de tres siglos postreros en una historia, no vivida. Dejar, solo, el atisbo, en este hecho de la angustia occidental contemporánea, última consecuencia realísima y trágica del silogismo salvaje que se enuncia así: ¿Orgullo y Placer en la Humanidad? pues lógicamente este dolor y ruina de la Edad Bárbara que termina.

Europa encadenada.
E ¿Podemos libertarla nosotros? Al menos con sangre joven de España, ardiente de tradición, bronca en sublimes valentías, se ha roto la cadena de los opresores: llave sagrada del sacrificio que abre, de par en par, las puertas de la Vida de Europa para que se contagie con aire fresco de campo, con luz de sol,

con infinita brisa marina: gloria de horizontes y amor de Naturaleza. Nos vuelve el Deber de la Misión, bajo un repique gozoso de campanas que estremecen el Templo del Mundo. Ya tenemos capitanes. Viene Ignacio de Loyola con su espada de la Verdad para atizar mandobles a toda herejía y rebeldía: él, tenaz peregrino de los caminos de España, de Roma, de París, experto de Castillos y de Batallas, Capitán laureado en las guerrillas de la Contrarreforma: y viene Cristóbal Colón: nos trae cartografías: esferas: su llama en los ojos; su locura delirante en el corazón, para buscar otra vez al huevo de la curva rebelde, una base segura en la inquietud de los océanos, en la comba de las tierras desconocidas. Viene Gonzalo de Córdoba, toda la frente aureolada con las más bellas estrellas de Oriente, armado Gran Capitán de las historias: y Fray Luis y el Maestro Vitoria: y desde muy lejos con aroma de fuentes, de serranías, y de ventas, el Arcipreste, para que no falte al alma española el buen vino de la inspiración.

Podemos salvar a Europa, haciéndola carne y alma, temperamento y figura del alma Española. ¿Volviendo atrás, hacia una Nueva Edad Media? No nos atrevemos, nosotros, a derramar con las puras aguas bautismales, la gracia del nombre de pila. La juventud que nos traiga de las trincheras la corona de la Victoria, mojada de su propia sangre, oficiará la gloria del Rito y del Stilo. Y a una juventud endurecida de intemperie, tensa de guardias, palpitante de Vida no se le puede pedir que salte atrás; los músculos recios del brazo y del alma le piden disparar al futuro flechas de oro, en el arco de la audacia, de la ilusión y de la fortuna. Podemos iniciarles,

sin embargo. Ellos dejaron generosamente en los dientes hambrientos de la anarquía lo más amado del vivir: un Ejército de Caídos. Lucharon y vencieron por una Edad de Jerarquía.

¡Sea, pues, el áureo tiempo porvenir, Edad de la Jerarquía Española!: eso sí, con el magisterio experimentado del medievo, en el fondo gozoso del dosel, en la vela mayor de la nave de nuestros Imperios.

Tomás de Aquino (Sum. 1.^a Q. 108-1) ha visto en la pura y desnuda naturaleza de la Jerarquía, tres maravillosas raíces, capacidades, acciones. Ella, para reducir dócilmente las esencias a unidad, antes ilumina, y con esta tragante luz, purga, humilla, concierta: suave y fuertemente, añadimos nosotros.

¡Y qué ancho esquema para la vitalidad joven de una generación! Iluminar, primero: empresa de alto estilo intelectual: poner orden de humildad en el pensamiento del Sabio, por naturaleza propicio al orgullo: hacerle doméstico, afable, artesano, enemigo de las excesivas disciplinas, de las malas curiosidades: vestirle armadura militar de obediencia, de vigilia: quitarle el nombre de Sabio y consagrarle siervo de la Sabiduría. Iluminar al Artesano: hacerle Artesano, nunca más obrero: ponerle luz en las manos para que acaricie leve y genial el bronce, el mármol, el oro y el barro: a este no le quitaremos nada: le debemos cerrar el hambre, las heridas del odio, y que ríen las rosas de la vida sobre su noche de miseria y de tedio: que esta luz le abrillante hasta hacerle

hermoso, digno, para dar su mano al otro Artesano, al siervo de la Sabiduría. Iluminar cuevas, logias, salones rotarios: todos esos templos negros, donde las misas demoniacas y el órgano descarado de gritos y de blasfemias estiraba sus flautas infernales, como aquellas que tanta vacilación llevaron al santo Abad Antonio, César de los desiertos, fuerte en la Fé y en el amor a la Verdad. Así. ¡Iluminar con la Verdad! Por eso, clamamos que el más alto galardón de la humana inteligencia, el bien ganado descanso, reside en la ecuación exacta con la Verdad. Es una, la Verdad, idéntica a la naturaleza Divina; porque la Verdad Humana, vária en las várias disciplinas, no es más que eco reverberado de la Verdad, del Verbo, Palabra, en suma, de Dios. Confesamos con dolor en el alma, herida del Pecado de Origen, que la comprensión de esta Verdad es premio reservado a los beatos, revestidos, en aquel gustoso convivio con la vestidura graciosa del Lumen: de la luz de la gloria. Pero el hombre puede aprender la Verdad, aun así, salpicado con los barro del camino, los ojos en lágrimas, todas las facultades en tensión. En una palabra. Como queremos nosotros: incómodamente: en la misma frontera del error, en lucha implacable contra él, porque no tiene derechos, porque es negación y odio, y solamente la Verdad del Amor puede poner las piedras del alcázar nuevo de la Sabiduría.

—Así veo ascender a nuestro Juan de la Cruz, teñidas de su sangre las zarzas del camino, en las bocas de los chacales la parte grosera de su cuerpo, hacia la montaña de la Verdad, de la Luz, de la Vida. Y sube ansioso, en purificación y en heroísmo, bajo el cielo de su noche oscura, cantando loco de amor, como un Atleta joven de Cristo.—

¡Cantandol porque en la escuela de nuestra Jerarquía hay horas de callar, de dulces oficios manuales, de comer en una misma mesa el pan del diálogo, y de cantar al sol, al aire, a la tierra, al agua, y al fuego como semilla de la nueva Vida. Y la canción alegre, medida y sentida aleja las caricias torpes, los halagos carnales, el perder el tiempo en la concha de la ociosidad, donde pueden sorprendernos las sirenas.

De esta manera será la Jerarquía del Pensamiento, en esquema, suave desposorio con la Verdad, en guerra instantánea contra el error, dentro de su propia trinchera. Queremos como en la amorosa parábola, que en la impaciencia nocturna por la venida del Esposo, nos coja el cortejo juvenil de las bodas, con la lámpara del corazón llena, bien firme la llama de la inteligencia: y que los necios, durmientes, blandos, crujuan fuera en agonía y en hambre.

***J**luminar y purificar: para unir. El Corazón del hombre, después: ¡qué bien le urge la Jerarquía de la Conducta! él se recreó más en la apetencia y el brillo de la manzana prohibida: de él salieron, en la historia del hombre, los odios, los adulterios, las peleas y las malas cogitaciones. ¡Y qué difícil, en la Edad Bárbara agonizante, encontrar un corazón simple, humilde, generoso en el amar y en el servir! Dos palancas le han movido angustiadamente: el egoísmo y el sexo. La conquista del oro y de las pobres cosas terrenales le enmarañó en disensiones y en guerras, mientras la pasión del sexo agotaba las fuentes de la Vida. Democracia grosera de corazones—Libertad de amar y derecho a morir, gritaron los bár-*

baros—con cintas de libertinaje y de modernidad, en una ejecutoria sin nobleza de sangre: el signo de la Decadencia de Europa. Y hay Jerarquía, en el corazón. La gritamos nosotros, ahora, con pasión de conquista. El Heroísmo amado, realizado en la vida individual y colectiva.

Nuestro César joven, José Antonio—¡y cómo le apremia y le arde, en el alma, esta especie de heroísmo!—la predicó así: Dar, con gozo, la existencia por la esencia. Quemar la vida en el dolor, en la audacia, en la hora difícil, cuasi insuperable, por ganar el ser de hombre: lo que le queda de luz, bajo el montón de la carne rota y las cenizas, con la muerte: el alma. Trocar por el gozo del alma, cuerpo, sentidos, y la variedad de brillantes, deleitosas criaturas que están a nuestro uso y servicio. Para los jóvenes quisiera yo, grabada en sangre, esta lección de nuestro Ausente, que trasciende a celestial filosofía, a Voz de Profeta, a evangelio de eternidad. ¡Por el Nuevo Tiempo, las Falanges del Heroísmo! Las que nacen con ardor de Flechas, y se desangran, en locura de Martirio, para que afloren las Rosas de la Primavera.

Dar la existencia por la esencia. Justamente como aconsejaba el Cristo: No temáis a los que os pueden matar el cuerpo: temed más a los que os pueden reducir el alma y el cuerpo a la gehena del fuego. Así puede volver nuestro Catolicismo a formas pristinas, puras, de Catacumba, de Circo, de Símbolo llano y Pan eucarístico. Porque la Jerarquía del Corazón, que es el Heroísmo, ata a los hombres, en el aprecio de la eternidad y del alma, con el lazo más ardiente de Hermandad. Esta es la Misión nuestra con el Estilo de la Falange. Hemos acam-

pado, por la noche negra de España, en tiendas castrenses: a la intemperie, al asedio, al frío, bajo la cúpula maternal y cegadora de las estrellas. Ardía en medio una violenta y divina llama—¡yo os diría que éramos, entonces, los fieles guardianes, en el Rito heroico, de aquel fuego, rayos del Sol de Oro que calentaba Mundos!—Por nosotros y para nuestra Falange, aquella poca tierra exacta de España debajo de nuestros campamentos, no se puso la histórica aventura y Siglo de aquel Sol. Y era, os lo aseguro porque me sentía abrasado en ella, la Gracia de la Milicia, que arde en llama, solo para el corazón de los soldados. Nos decía el Ausente, entonces Capitán y César joven, todos estrechándole en franquía hermana: Sois mitad monjes y mitad soldados: con los tres votos... Recordad los ungidos por él, los elegidos de la Vieja Guardia y Hora. Soldados y monjes, mitad por mitad: temple de asceta y brazos castrenses. Y el monje que se viste de harapos y llağa el cuerpo y come amargamente, es un aristócrata del corazón, un Jerarca del Heroismo, porque cambia la existencia por la esencia.—Y estoy viendo al mercedario tan imperial, tan soldado-monje de España que, por el gozo de ensanchar nuestra tierra, se ata, de voluntad, en cautiverio, para salvar con la fianza de su heroismo, un cuerpo para el César, un corazón para Dios, extraviado—. Pues ahora y en el porvenir necesita la Edad Nueva de España fianzas de sangre, en el martirio alegre que canta la Falange: como un Servicio: como un Deber: Centinelas del corazón en los cuatro puntos cardinales de la Rosa intacta de nuestros

Imperios.

Con estas Escuadras Jóvenes de España, ardidadas en el horno de la sabiduría y del heroísmo, el Pueblo ha de clamar por el César, sintiendo cada ciudadano que es César de sí mismo. Hemos triunfado de las democracias liberales, falsamente comunistas, por la integración exacta de la Comunidad y de la Hermandad: por la Línea Vertical, como la verdad dogmática, del Nacional-Sindicalismo. El César, así, sostiene en sus manos consagradas por Dios, la cúpula de nuestra Jerarquía: él, que amó la vida difícil, la presencia audaz en todas las trincheras, el noviazgo de la muerte, coronada de risueños azahares, sea levantado en olor y clamor de multitud, sobre el arnés aún caliente en el hervor de la guerra. El tendrá la Espada de la Soberanía, del Juicio, de la Paz y de la Guerra: y en sus manos, las vidas y las haciendas de los ciudadanos, en un voto sagrado de fidelidad: y para Dios las almas. Como en el viejo verso de España que vuelve, con rumor de bandera, para las Escuadras de la Jerarquía.

Jerarquía de la Inteligencia en el imperio augusto de la Verdad. Jerarquía del Corazón por la exaltación de la Conducta y del Heroísmo. Jerarquía social bajo el brazo del César y al amor de Dios.

Y Tiembla emocionado mi esquema hecho carne de Historia, Voz de Misión, testimonio heroico de martirio. Después de la Pasión de España, la Letanía gloriosa de los Imperios y de los Destinos. Triunfar, como el Cristo, después de una cuesta espinada, áspera, sangrienta. ¡Ay del amigo muerto, de los Hermanos de Servicio en las Falanges Eternas! Cinco rosas

abiertas en nuestra carne joven. Para cerrar, en contricción, las apostasias sucias de una Edad débil, empedernida y loca. Y presiento que las Banderas vuelven. Fueron sudarios de los soldados muertos: y así empapadas con la sangre nuestra de la guerra, se hacen de oro al beso del Sol Imperial que amanece. Toledo. Nuestro César Carlos derribado en la Tierra. También, con él, España gustó pan de barro, vino amargo de mirras y le salpicaron las babas de la traición, de la tiranía y de la cobardía. Pero levantamos, antes que a él, su Estandarte y su Espada. Y, ya todo está en punto—Trompetas, Banderas, Caballeros, Artesanos, Poetas con el verso impaciente, Mujeres para enjugar los rostros de los soldados vencedores, Niños con las palmas de laurel y las coronas de mirto—bajo el sol nuevo, para el Desfile de la Victoria, en ésta edad de Jerarquía.

¡Dos Imperios. Dos Espadas!

No. Aún ha de ser más puro el empeño: más una y afilada la Gloria de la Victoria. Canta el Verso Imperial de nuestra divisa:

*... Y anuncia al Mundo para más consuelo
Un Monarca, Un Imperio y Una Espada...*

Así. Una Espada que en los Mandos abre brazos de Cruz y de Luz, de Eternidad y de Vida. Que se adelgaza por los filos exactos y desnudos, para regir el Orden, la Justicia y la Paz. Para cortar Tierras y Mares. Nuestra Espada de Jerarquía, flamígera, vencedora y salvadora.

*Espada de España, de Europa,
del Mundo.*

3 NOTAS
LIMINARES

A ROMA POR TODO Y VOLVERA A REIR

Memoria de la conferencia de Ernesto Giménez
Caballero: Roma en la Literatura Española

POR

RAFAEL GARCIA SERRANO

A ROMA POR TODO Y VOLVERA A REIR

Memoria de la conferencia de Ernesto Giménez
Caballero: Roma en la literatura española

108

RAFAEL GARCÍA SERRANO

1. *Caida en Roma.*
2. *Se viste en Londres. (O en París o en Berlín).*
3. *Juventudes a la intemperie.*
4. *Poesía pura (uso interno).*
5. *Una nueva asignatura del mundo.*
6. *Roma en el mundo antiguo español.*
Noticiario comentado para los turistas de la Historia.
7. *Roma en la Edad Media española.*
8. *Imperio y letra de España: a) 1492; b) Soneto heraldo, pasquin; c) Garcilaso, poeta en pie de guerra; d) Velocidad de España.*
9. *Los trece 98 y un símil taurino.*
10. *Mapa de la Catolicidad.*

3 NOTAS LIMINARES

1

Entiendo que esta Memoria es la novela del descubrimiento de Roma por un joven universitario. Había leído yo varias obras de Giménez Caballero y su conferencia vino a remarcar el clavo del secreto de la literatura española. Quiero pues, con voluntad de arquitectura y cartel, adivinar nuestro mediodía cesáreo.

2

Como a un infante toma Roma a España en su regazo. Le enseña a hablar, con raíces tan bautismales, que estas mismas palabras que estoy escribiendo sienten aún el palpar románico de aquella maternidad lingüística.

Ernesto Giménez Caballero «Genio de España».

3

Este trabajo lleva como pie la fecha de su corrección última: Madrid, a 22 de Mayo de 1936. Aquella misma tarde lo entregué en Acción Española, bajo el lema del S. E. U.—Estudio y Acción—para el concurso de memorias. Supongo que mi trabajo ya no existirá. Nada más me interesa resaltar la anunciación de estos mismos días que vivo en los parapetos de Somosierra. Lo restante puede no tener interés: la profecía sí. Porque indica, otra vez, que es la voz de los poetas la que pone en marcha los ejércitos. Pensé en perfilar nuevamente el trabajo a causa de algunas frases que ya no tienen una vivísima actualidad. Pero he preferido dejarlo todo igual para saber yo mismo, más adelante, como pensaba en los días de la persecución y el presagio.

R. G. S.

SEPTIEMBRE DEL AÑO I DE LA ERA DEL TRIUNFO.

Y VOLVERA A REIR

Caída en Roma

«Encontraba en Roma el olor a madre que nunca había olido en mi cultura, que es peor que el olor a hembra, porque enloquece de modo más terrible.»

Ernesto Giménez Caballero. «Círculo Imperial».

Nuestro castellano es abundante en indicaciones de peregrinaje a Roma. A Roma por todo. El que tiene lengua a Roma va. Por todos los caminos se va a Roma.

Estas flechas indicadoras en el sendero idiomático, ¿no pasarán de ser un simple malabarismo? O por el contrario ¿fijarán la dirección de nuestra sangre en torno de esa Roma católica que aún no hace unos días ha creado otra vez su Imperio?

Sería interesante que pasasen por el olfato de los universitarios españoles el viejo pomo de olor romano para ver si entre muchos perfumes bárbaros, ínfimos, orientales, somos capaces de reconocerlo.

(Experiencia que brindo al Esencial-Club.)

Nosotros también hemos tenido nuestra caída en Roma. Sin palpar el capitel, ni el cielo, ni el César. Adivinándolos. A través de la mediocridad y el pacifismo hemos olido a Roma en el corazón, en la sangre, en el músculo. Y hasta hace poco—huérfanos de apoyo en esta víspera gozosa de España—el camino se nos ha ido abriendo entre muertos y parlamentarios. Entre

lo más sagrado y lo más bajamente profano. Y ahora, cuando vamos a cambiar el mundo, dos preguntas nos cierran el paso.

¿Responde nuestra literatura a Roma? ¿Responde la actualidad literaria a Roma?

La clave de este ex-juego de palabras cruzadas: «el secreto de la literatura española es Roma. Al apartarnos sobreviene, inevitable, la fracturación. Al retorno, la catolicidad».

Entonces, jóvenes camaradas, se ha hecho el mediodía de repente, a golpe de profecías: A Roma por todo, que el que tiene lengua a Roma va y por todos los caminos se va a Roma.

Incluso por éste de la mediocridad, de la ira, de la desesperación esperanzada.

Se viste en Londres (O en París, o en Berlín)

Viste usted admirablemente. ¿Dónde le cosen?
—En Londres (o en París, o en Berlín).

Pedían la cultura europea igual que la dirección de un sastre.

¡Oh el siglo XIX que todavía colea en España! Chisteras, golondrinas, trágalas, melenas, Himno de Riego, pronunciamientos, clases, la camilla, *El Imparcial* y *La Correspondencia*. ¡Oh Europa! ¡Oh sastres de Londres, cabarets de París—por cierto, la Ville-Lumière—universidades germanas!

Romanticismo: el suspiro alcanza cotizaciones extraordinarias en la bolsa de la tuberculosis y la libertad. Todos tienen su frase preparada para la libertad. Y para la tumba fría: pero nadie quiere morir.

Se fabricaban rápidamente las pequeñas cosas que hoy entusiasman a Azorín, el microscopio de la prosa.

¡Oh ateísmo de zarzuela y polonesas de Chopín!

¿Qué hacía España? ¿Qué hacía Roma? ¿Qué hacía el mundo?

España, poco más o menos era la de hoy. Corrían diligencias y milicias nacionales. La revolución y la guerra civil estaban en la orden de cada día: como hoy. Pero un ansia indefinida por la niebla trazaba rumbos utópicos. Sin concreción porque el romanticismo y la libertad, no tienden a concretarse, sino a expandirse subjetivamente, a disiparse.

Italia, todavía era Italia y no Roma, más desesperada y san-

griente, con un ardor alucinante, fabricaba el Resurgimiento. ¿Y el mundo? ¡Qué iba a hacer el mundo sin España y sin Roma! Italianos y españoles continuaban en su ignorancia de siglos. «Pobres italianos—decían los españoles riéndose—¡Pobres españoles! ¡decían riéndose los italianos! Y se despreciaban ferozmente».

Fin de siglo.

La suprema elegancia: Londres. La suprema diversión: París. La suprema sabiduría: Alemania.

Era cuando a las hijas se les enseñaba francés y piano: sus labores. Cuando ellas tenían la obligación de desmayarse ante el rayadillo de un colonial.

Era cuando los hijos—barba prematura y ciencia de niño prodigio—hacían su viajecito a Alemania, deteniéndose—oh, eso sí—un par de días en el Bal-Tabarin.

Era la sucia literatura del adulterio.

Era la generación dolorida y fecunda—nos ha parido a nosotros—: la del 98. La de la contradicción. Sin brújula, desorientada, buscando siempre.

Y he aquí, que buscando como se busca el genio de los cuentos infantiles, hemos encontrado nuestro único ascendiente, nuestra Madre:

Roma. Tres veces Roma.

(¡Qué literatura más alta y más viril en este encuentro! ¡Qué desfile civil bajo los cantos épicos!)

No: la decadencia nos aturde todavía. No hay épica ni mística. No hay arquitectura.

¿Cómo es posible que después del retorno filial apenas se haya cantado la poesía del regazo, y la lucha con un himno guerrero clavado en el cañón de las ametralladoras?

(—Oh, perdón: no he tenido en cuenta que los jóvenes carecemos del derecho a iniciar vueltas.)

Pero ellos, los viejos, conservan el suyo a la revuelta, a la oratoria, a la encrucijada y a la noche.

(—Ellos son mayores. Han leído mucho. Han escrito mucho. Y la experiencia, ¿qué me dice usted de la experiencia?)

El canto bélico no puede esperarse más. Ya debió ser bastante la angustia de Giménez Caballero en Bagutta.

«Fué gran dolor el mío de madrileño—caros italianos—de no haber sabido sonar otro canto, sobre el del velador, que el de un castizo duro para llevar el compás. Los madrileños no cantamos. Todo lo más contamos. Contamos con que los otros pueblos canten por nosotros.»

Los vascos si sabemos cantar. Y nada tan hermoso como esas dulces canciones—a veces enormemente picantes—coreadas alrededor de la mesa, frente al vino que nunca será último y al primer cigarro; coros que parecen el poso rubio en nuestra raza hispánica y que señalan—España, Roma, Germania—unas leguas menos en el camino del ideal Sacro Imperio Romano germánico, por el Genio, la Gracia y el Destino de España.

—Y usted joven, ¿dónde se viste?

—En Roma.

—¿Fraque, americana, levita?

—No señor: camisa.

Juventudes a la intemperie

Firmes. En camisa. En Roma. Así están las juventudes de España. A la intemperie porque nos falta un cuartel general de cultura.

La rebelión, el retorno viril—en manera alguna romántico retorno al lago—tienen ya sus profetas y guías políticos. Falta pocos segundos para que una generación salte olímpicamente a la rima, a la disciplina del verso, a las armas, a los temas superhumanos. Al Héroe.

Estamos hartos de lírica y de marineros poetas. Queremos épicos. Y marineros con barcos y mares. No basta cantar a Castilla. Hay que andarla. No basta tener exceso de fuego. Hay que quemar, inquisitorialmente, una concepción del mundo y limitar—otra vez—la Tierra con nuestros muertos en pie de guerra. En esta intemperie ofensiva, y formativa, se templan los ojos y los brazos para el asalto definitivo. Un asalto que ha de venir con la Primavera, realzando el esfuerzo hacinado de las nuevas escuadras.

Poesía pura (uso interno)

*«El soldado y el artista no tienen otra consigna
en el mundo que esa: matar o aprisionar enemigos.»*

Giménez Caballero, «Arte y Estado»

Una gran botella llena de humilde y descolorida agua de pozo. Una etiqueta: uso interno. Eso es la poesía pura.

Sólo el poema. Casi invisible. Alquimia y matemática. Y, sobre todas las cosas, una indeterminación femenina, un deseo de no acabar nunca y de renunciar siempre. Orientalismo.

Para mí y para mis amigos. Para esa inmensa minoría de Juan Ramón. Vinieron los puros a eliminar un superavit de anécdota y prosaísmo. Su gran defecto ha sido el no darse cuenta del hito donde acaba la esterilización o exceso de estilización. Conformes todos los poetas en la matemática del verso; pero es preciso saber que con cuatro ángulos rectos se traza una cruz.

Hicieron del poema una persiana al sol.

*«La noche marchó en tren
y el ala de mi verso se abre y cierra bien»*

(GERARDO DIEGO)

Jugaron a la ruleta, confiando en la suerte. Dejaron pasar el agua sin aprisionar el Intérprete.

Pero en nosotros está el concepto sano del «poeta macho».

De que el arte es propaganda. De que nuestra poesía—«falange funcional»—pertenece a la nueva catolicidad romana. Simplemente es criminal seguir cantando para uno sólo. Todos formados y en fondo, para el himno del Jerarca. Aprendiendo la consigna de la sangre heroica. De esa sangre a la que tanto miedo tiene la poesía pura, liberal.

Una nueva Asignatura del Mundo

«Quien añade ciencia añade dolor».

(Eclesiastés)

Añadir ciencia no es fácil. Añadir dolor tampoco. Pero duro trance éste de la ciencia dolorida y del dolor científico.

En el centro del gran círculo de la dificultad alienta el punto de lo sencillo. Y es que añadiendo ciencia dolorida se añade dolor científico. Y al revés.

Sin embargo, lo anterior no pasaría de ser música adornando un salto en la cuerda floja del lenguaje, si en las vísceras de «quien añade ciencia añade dolor» no se nos descubriese una nueva asignatura del Mundo.

Gramática de la Sangre. Ciencia de la Sangre. Teoría y práctica del dolor sangriento. Así: teoría del dolor sangriento. Definitivo título porque en él airea todo el ropaje escueto de la definición. Ha de llamarse teoría y práctica del dolor sangriento. Teoría del dolor no basta.

El dolor a secas lo sufre cualquiera. El dolor de la sangre también. Pero el dolor del alma que vé abiertas sus venas y que por ellas se escapa todo lo divino, todo lo humano que tiene algo de divino, sólo pueden sufrirlo los poetas y los bufones. Los poetas añaden dura ciencia en el poema. Y añaden dolor. Un dolor de extensa eternidad, como de abiertas venas del alma. Y los bufones se ríen. No traen al montón del mundo ni ciencia ni dolor.

«Quien añade ciencia, añade dolor». Por eso los guerreros y los filósofos, que todos son poetas, van añadiendo en sangre y versos grandes innovaciones a la teoría y práctica del dolor sangriento. Y el más sabio es el que dobla el dolor de su alma y aumenta la risueña alegría de morir limpiamente, con muerte de guerrero.

Nueva asignatura del mundo que ignora la poesía pura por su invencible miedo a la Sangre y a la Madre. Con sólo una excepción: Basterra.

El sí. El conoce la asignatura. Y de ella, más que nada, el dolor de las venas.

*«Mi mocedad no oyó resonando, los bronces
con las glorias antiguas, ni vió en las sombras viejas
que de las torres caen a las nativas tejas,
rumbo a ningún destino: huí mi puerto entonces.»*

Desertor de lo mínimo, Ramón de Basterra dice:

*«Llama alada del mío, la palabra de España
por los suelos, sin tumbas, en que vagó mi paso,
ardió como la luz sobre el óleo del vaso
y, lámpara de amor, se iluminó mi entraña.»*

Pero no basta. El, casi náufrago entre enemigos vientos, defiende

«la llama que en mi suelo fué prendida por Roma»

Con orgullo pirenaico acaba:

«también he de grabar en mi sillar leones»

El vasco Ramón de Bastera, apartándose del purísimo ambiente, vé la madre: Roma, «mi voluntad, que es Roma».

Es el ascenso. El poeta puro asciende a Roma o desciende —caso frecuente y peligroso— al comunismo. Alberti, Cernuda. Contrario el de Giménez Caballero que de «inspector de alcantarillas» alcanza el cielo luminoso de un atardecer del Pardo y proféticamente hace arder la palabra:

«Y el Genio de España volverá a renacer ¡como un milagro!
sobre vosotros, sobre la tierra de España. ¡Resucitando a
España!»

Roma en el mundo antiguo español

Tres ideas primeras. Fijas y produciendo un amor—único—
en las entrañas:

«España, como Roma, estaba preformada para la armonización».

«Roma es cabeza, fuerza, potencia. Pero también arado».

«La primera catolicidad en el mundo nace en la boca de un español».

(Noticiero comentado para los turistas de la Historia).

Llora César en Cádiz. Sobre Cádiz. Junto al Estrecho.

—Pues, ¿no os parece digno de pesar que Alejandro, a mi edad, reinase sobre tantos pueblos, y que yo no haya hecho todavía nada memorable?

En Cádiz—dice la leyenda—tuvo César sueños imperiales. Y es que Balbo, señores turistas, el gaditano Balbo había soñado maravillosas palabras al ambicioso oído de César.

(Un punto en la conferencia que hizo saltar—más—mi júbilo de mundo antiguo. El brazo en alto, la mano abierta atrayendo soles y mediodías, el saludo de los Césares, según cuenta Sexto Pacuvio, es una contribución de la «fides celtibérica» a la Roma materna. Fué la alegría continua de ir reconociendo la filialidad.

Recuerdo un gozo semejante el día que al buscar en el diccionario latino una palabra que me era necesaria para mi deber

escolar, encontré, de refilón, esta frase de César: «*Passis manibus pacem a Romanis petierunt*»).

Córdoba. La Córdoba romana. Y Séneca la confluencia de Oriente y Occidente. Renunciamiento a la vida. La vida, en la virtud consiste, y no tiene más premio que la virtud. Hay un clima senequista por todas las capas intelectuales del Imperio.

Pero Séneca, y hablo más por adivinación que por conocimiento, fué en cierto modo, un liberal. Una máxima suya: «El hombre es sagrado para el hombre». Esto lo desprestigia ante mis ojos anhelantes de auténtica jerarquía por eliminación.

Alguna vez escribiré el tema de Séneca, Góngora, Córdoba y el Infierno. La teoría de lo puro, de menos a más. Hasta llegar—en Góngora sensual, barroco—a la eliminación del heroísmo por aquello de la poesía pura:

Heroísmo=Anécdota.

A Córdoba he de avisarle yo fraternalmente para que no sea de ninguno de los dos caciques máximos: Séneca, Góngora. Que mantenga alianza con Juan de Mena, y en lugar de ser la

*Córdoba,
lejana y sola*

de García Lorca, se entregue totalmente a Lagartijo y al Gran Capitán.

Lucano, otro cordobés. Otro estóico al final. La Farsalia.

Los manuales de literatura, unánimes, citan este verso: «Pharsalia nostra vivet, et a nullo tenebris damnabimur aevo» (IX-985). (Pero yo repito mejor el cuadro que vi en todas las historias de mi infancia y luego en el Museo: muerte de Lucano. Lo veía como una pila de baño, rodeado de lágrimas, sereno. Y me interesa más que todo su relación con Juan de Mena. cuando éste recorriendo la Farsalia, halla la profecía de la maga tesalina y la incorpora a sus dodecasílabos para predecir muerte violenta al Condestable Don Alvaro de Luna. Lucano, cantor de guerra civil, hace para Roma la ofrenda de llamarle Madre.)

Marcial: joven de veinte años o a Roma por todo. Señorito que abandona el foro por el chiste y que goza—servilmente—bajo el cielo de Roma. Su «arder, beber y comer de Roma» acabó en comer, beber y arder en Calatayud, en la finca que le regaló su amiga Marcela. Chiste, chiste, chiste.

Quintiliano, severo, preocupado por la decadencia de la oratoria. Calahorra - Roma - Calahorra - Roma. Cuatro etapas. (No quiero hablar de Quintiliano porque después de haber oído que era un anticipo de la Institución, la irrespetuosa verdad es esta: me lo figuro con pétreo cuello y lánguida sonrisa.)

Trajano, español, de Itálica famosa, es el primer emperador romano nacido en las provincias. Antes, el primer cónsul provinciano había sido Balbo, el gaditano de la primera catolicidad. (Veamos a Trajano, señores turistas, siempre a caballo, pensando en episodios que grabar en el noticiario, referencia

o poema de la columna erigida en su honor. Aire español de conquista con las legiones romanas. Dacia).

Adriano, continuador del Hernán Cortés de la Dacia. Inquieto y sencillo. Viajero. Cuando en aguas del Nilo se ahogó su favorito Antinoo fundó una ciudad—Antinópolis—y dió al arte un mito más. Fué el conservador de las conquistas de Trajano. Aire español de conformación y unidad bajo las leyes romanas).

El equilibrio de Roma se perdía. Por abajo—con rito misterioso y temido—los cristianos se alzaban contra el paganismo y la religión estatal. Arriba, en las marcas, los bárbaros rubios con método directo se infiltraban en la tierra rica y poderosa. Y el equilibrio de Roma, un triste día se rompió para que Mommsen pudiera contemplar el ciclo completo de una vida histórica: nacer, crecer, amar, reproducirse y morir.

Roma en la Edad Media Española

No rompe España con Roma en nuestra confusa Edad Media. Desde Prudencio y Orosio que vaticinan el catolicismo estatal de Teodosio, hasta el año de gracia y gloria de 1492, España sigue con los ojos puestos en Roma. Con San Isidoro, paladín de la esencia romana. Con Alfonso el Sabio, creador de la Imperial ciudad de Toledo y aspirante al trono de Alemania, siempre, la antigua provincia romana se deja llevar de una corriente filial hacia la «cabeza de todo ordenamiento».

Pero España era un atajo con trabajo. Entraban las culturas por el Sur, con aduanas de guerra, para extenderse luego sobre el mundo católico. Terrible trabajo el del atajo español.

Como un códice monástico se guardaba el recuerdo de Roma. Y en viva relación de cristianos con el Santo Padre, la Roma cesárea era sustituida por la papal.

Durante todo el siglo XIV se pierden la ordenación, la exaltada catolicidad, la jerarquía moral y material. El mundo se desmorona y algo le está naciendo al mundo. Aumenta la corrupción de costumbres y hasta el Papado se rompe. Ya ni Roma cesárea ni Roma papal. El Cisma de Occidente apunta desórdenes por los versos del Arcipreste y el Canciller. Y sin embargo, cuando parece que hasta la comunicación se borra, frente a la caótica realidad se alza el sueño imperial, jerárquico y guerrero: entramos en el siglo XV.

Otro cordobés, Juan de Mena, con vista que espera grandezas, canta

*«al muy prepotente D. Juan el Segundo»
 porque
 «es capaz este rey de ser señor del mundo.»*

Con redoble de dodecasílabos, firme y fiel, Juan de Mena exalta épicamente el estilo nacional y el «novelo Augusto». Ha viajado por Italia y es Secretario de Cartas Latinas. (Alerta. La hora está próxima).

*«dexemos a los romanos
 aunque oymos y leymos
 sus estorias»*

¿De dónde sale esta voz? Alzándose de la muerte, con dolor de mundo, Jorge Manrique, huésped del siglo XIII frente al renacimiento, dá el grito de dejación. (El canto de veladores es una llama perfecta y destructora. Eya velar. Se acerca el momento por exactos minutos).
 Nosotros. Nosotros. Nosotros. Y Roma. Tres veces Roma.

*«En ventura Octaviano,
 Julio César en vencer
 y batallar,
 en la virtud Africano*

.

*Antonio Pío en clemencia,
Marco Aurelio en ygualdad
del senblante,*

.

Roma. Roma. Roma.

(Llegó la hora. Sonó la llamada de fuerza y gracia. 1492).

Y el protonotario Lucena resumió en sencilla frase toda la hermosa verdad de la disciplina y el ejemplo del Príncipe:

«Jugaba el Rey, éramos todos tahures; estudia la Reyna, todos somos estudiantes».

Era cuando el aire de España se poblaba de romances frontezizos. Y cuando llegaban noticias voladas del otro lado del mar.

Imperio y Letra de España

Año de 1492. Conquista de Granada. Descubrimiento de América. Más: se traducen las églogas de Virgilio, se termina la Catedral de Toledo y se publica la primera gramática nacional de Europa: la española. Dedicada a la «reyna de España e las Islas de nuestro Mar». Y en esa gramática primogénita la razón suprema del esfuerzo es esta: «que siempre la lengua fué compañera del Imperio: e de tal manera lo siguió: que juntamente comenzaron, crecieron e florecieron, e después juntamente fué la caída de entrambos». Nuestro Maestro Elio Antonio de Nebrija sabía de cosas antiguas y en sus palabras de Imperio y Lengua un nombre le quemaba los ojos: Roma.

El César presentido llega a través de poemas y lanzas. Y guerras civiles. Los Césares necesitan de una guerra civil que funde el amor de los hombres al combate. Todo se resume en el soneto imperial—no hay otra palabra más precisa—de Hernando de Acuña:

*«Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor sólo en el suelo
por suerte a vuestro tiempo reservada;
ya tan alto principio en tal jornada
os muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncia al mundo para más consuelo,
un Monarca, un Imperio, y una Espada.»*

(Con gesto de heraldo. O de pasquín moderno. Anuncia al mundo. Cuando los pueblos tienen algo que comunicar su poesía se hace absolutamente oficiosa. El poeta no tiene más misión que cantar el tema del Jerarca, del Honor, del Héroe. Hacer el parte de guerra: el Comunicado. En cambio, si un pueblo no tiene nada que decir, ni divino ni humano, su poesía es desorganizada, triste, con numerosos gérmenes de peligro. Venéreos a veces)

*«ya el orbe de la tierra siente en parte
y espera en todo vuestra monarquía
conquistada por vos en justa guerra,
que a quien ha dado Cristo su estandarte,
dará el segundo más dichoso día
en que vencido el mar, venza la tierra.»*

(Por cesión de Cristo. Por gracia de Cristo. Cielo, tierra y mar. Y una batalla de siglos llenando el mundo para que los hombres glorifiquen su cuerpo con el heroísmo y salven su alma combatiendo por Dios).

Sólo una nota: Garcilaso, poeta en pié de guerra. No sé que cosa era más de su agrado: si la paz o la guerra. Es igual. El murió en su puesto. Garcilaso de la Vega

«pastor de los sonetos renacientes».

se unió a la antigua Roma por vía de dolor individual, de su dolor de Elisa y Galatea. Yo nada más quiero rezarle mi oración impaciente y desvelada:

Felices los que mueren combatiendo por el Emperador. Felices

los que mojan los brazos de un Santo con su agonía y expiran en la gracia de Dios, tras el combate. Felices los que tienen exequias y funerales de dolorida venganza. Felices los que escribieron versos y mataron hombres.

(En el año de 1536 podía morir un poeta, en pie de guerra, bajo la luz de un futuro Santo. Descanse Garcilaso en la Paz del Señor, bajo su olivo, en el Claustro).

Garcilaso seguía la moda de Roma. Luego veremos que Cervantes siguió la de Italia.

España marcha velozmente, impulsada por presentimientos, sin pararse a mirar atrás.

Carlos V. Saco de Roma, 1527. La lengua española se hace inmensa. Universal. Debe sustituir al latín. Y el Emperador, en 1536, habla el castellano ante el Papa. Es que en la lengua imperante se había introducido el latinismo y con él la segunda catolicidad en el mundo. Pleno XVI. «Máxima España, yema del mundo». «El español ha nacido para mandar, no para ser proletario». Y «sólo en nombre de Roma ha tenido imperio España.»

El antihéroe de la picaresca no se hace lugar en la luminosa tierra de Castilla. Tiene la llanura una Geografía Imperial, que después de el Escorial—Roma granítica asida al cielo y al Guadarrama—se ha de convertir en humilde geografía de pícaros y lugares de Picardía. Las Almadrabas, Potro, Oliveras, Arenal, Ventillas, Zocodover...

Era tanta la velocidad de España, tanto su mirar a lo alto, que un mal día no encontró a los Héroes y se dejó llevar de pícaros.

Los trece 98 y un símil taurino

El haber descubierto en «Genio de España» que el auténtico 98 no era el único 98, me rodeó de sorpresa y alegría. Eran trece 98.

(1648—1659—febrero, 1668—mayo, 1668—1678—1713—1763—1795—1800—del 1810 al 1825—1898—agosto de 1930).

Confieso que soy un poco supersticioso. Mi superstición del trece es favorable a la dicha. Después de un 13, no viene el 14, sino la felicidad.

Trece 98. Trece puyazos relumbrones en la piel de toro de España. Sol y sombra del dado. Los picadores con hierro y monosabios. Los caballos con peto. Sólo a flor la piel del toro. Pero llegará un momento en que España se plante en el centro del ruedo y formule la pregunta chulísima:

—¿Qué pasa?

Para después hacerse la dueña y señora. Y el ama de llaves, que mando y servicio son las dos categorías fundamentalmente soberbias.

Y ahora prefiero no seguir. El siglo XVII comienza a causarme un dolor lento, de nervios adormecidos. El dolor de Cervantes y Quevedo. Góngora puro. Me ciega aquella visión pesimista y aquel vivir y escribir falso.

El XVIII es peor: encoleriza. Da rabia. Y deseos de penetrar en la historia con violencia de incendiarios para iniciar el saqueo y purificar el botín con fuego. Es el único siglo que yo quisiera

ver convertido en hombre. Y me parece que habría de semejar-
se a un burgués de la dulce Francia exhalando por los bigotes
un ¡Vive la Republique et le soleil de l'Espagne! P. N. T.

España típica. ¡Olé!



Mapa de la Catolicidad

Otra vez es nuestra hora. El cielo es nuestro y la tierra también. Una España grande y libre. Heróica. Vengadora. Implacable. Universal.

Por el aire viene la Primavera con un amor de despedida y
y promesa

*(«velándole la carne a nuestra amada
en su dulce llorar de despedida»)*

Abandonando el hogar por el frente para traer sobre el escudo
el mapa de la Nueva Catolicidad.

Este:

S

ENDEROS DE
AIRE MAR Y
TIERRA

E

vangeliación del alma del chicle de los yanquis. Conquista y destrucción de los bares automáticos.



lemania, esperando.
Hnovia.

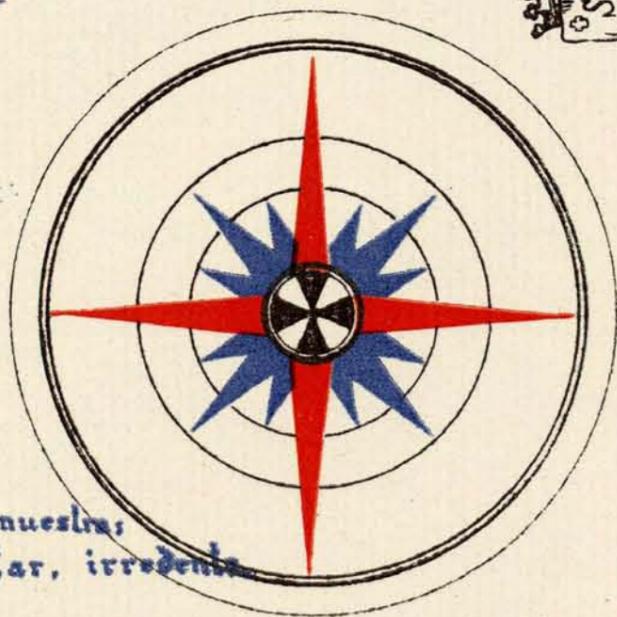
¡Admirable Francia,
enemigo admirable!

Roma



Antiguas reglas de gloria. Ideal Imperio de la Madre a las hijas.

La unión hace
la fuerza



El Africa occidental es nuestra;
y en el camino, Gibraltar, irredenta

Mapa en círculo y España el centro

La vida es lucha. Por el sendero, atalayando el horizonte, marcha la juventud recogiendo muertos y consignas. En espera de la guerra civil que haga al César. De la guerra de los campos y los trigos. De la aldeanía. Oyendo romances heroicos y voces de profetas. Matando enemigos. Perdonando enemigos. Evangélicamente. Militarmente. Ya no hay vacilaciones porque la voluntad se ha impuesto. El Genio marcha delante y todos con los ojos puestos en él. Caiga quien caiga.

Camaradas: no existen fusiles ante esta decisión de andar siempre. Pertenece a una generación con destino trazado. A esa que hasta hace poco—huérfana de apoyo—ha creado la víspera primaveral y alegre de España. Vespéralmente. Alegremente.

Auguralmente, camaradas.

Madrid, a 22 de Mayo de 1936.

SERMON DE LA TAREA NUEVA

POR

PEDRO LAIN
ENTRALGO



La nueva paradoja del Cristianismo.
El tomismo y su nuevo sesgo.
Medievo y Mediterráneo.
Nuestra tarea de esta hora.
Balmes y Menéndez y Pelayo.
Privilegio inútil y comodidad letal.
El yugo de obediencia y rebeldía.
Alcance de la verdad cristiana.
La verdad del exotero.
Temple vital y sentido total de nuestra verdad.
Teología, Ciencia y Estado.
Moraleja en siete puntos.

SERMÓN DE LA TAREA NUEVA

MENSAJE A LOS INTELECTUALES CATOLICOS

Los párrafos que siguen pertenecen casi literalmente a una conferencia pronunciada en tierra levantina pocos días antes de que la metralla, quebrando con violencia la costra ochocentista y democrática de nuestra España eterna, alumbrase la vena clara de su ser genuino. Un leve aderezo posterior no desvirtúa el PATIBOS oratorio del texto y explica el título con que él va acogido bajo el manto imperial de JERARQUIA.

Aquel grande y amable paradojista inglés que se llamó G. K. Chesterton habló más de una vez con frase brillante de las paradojas del Cristianismo. El que por debajo del estruendo guerrero o por encima de las intrigüelas de la retaguardia sepa columbrar el ángulo cardinal de nuestra Revolución, ha de advertir una nueva y entrañable paradoja del Cristianismo.

La tónica de todo un siglo ha sido el combate en retirada del mundo cristiano. Nuestra verdad social, salvo las excepciones meritísimas de los que sobre el campo no habían olvidado la vieja norma, era suplantada por aquellos floridos discursos de hombres de empresa orondos y barbados, en los cuales el autor, tal vez a la vuelta de Dios sabe qué rijosidades subrepticias, creía necesario el Cristianismo para frenar las pasiones de los pueblos, mientras que su libre actividad burguesa creaba la lucha de los estamentos productores y hacía de cada hombre

un lobo de recia quijada pronto a luchar en libre concurrencia por el mejor botín. En lo cultural, nuestras verdades yacían, con una capa de vetustez inadecuada a su vida perenne, en la paz de los monasterios o en el rodar seguro y anquilosado de los seminarios. Aquellos de entre los nuestros que salían con timidez al fragor del ágora, en la cual un florecimiento lujuriantemente de las ciencias y un rótulo de libertad y progreso ocultaban la triste realidad de una *razón* avital y artificiosa, limitábanse a divagaciones resignatorias sobre la no incompatibilidad entre la fe y la ciencia, o tal vez a colocar ribetes cristianos en este o el otro aserto de la ciencia natural. Eran pocos los que afirmaban con grito herido nuestra verdad y muchos menos los que intentaban extraer nuevos brotes de su savia eternamente germinal.

He aquí la paradoja. En un mundo social de patronos ahitos en lucha con la brutal rebeldía nihilista y oriental que nació entre la miseria del suburbio, ha brotado una nueva ordenación disciplinada y jerárquica de lo económico. ¿Quién puede dudar de que todos los ensayos corporativos son latidos nuevos, a veces mal reconocidos, de aquel eterno espíritu cristiano, desfigurado por ropajes aburguesados? En un medio cultural de cristianismo decadente y razón divinizada, he aquí que los físicos descubren que su mismo mundo es inefable en su conjunto y en el detalle—indeterminable matemáticamente, dicen ellos—, y que los biólogos encuentran que la vida no es reductible a la ley abstracta, y que el filósofo vuelve a enfrentarse con la elemental cuestión del ser y de la angustia huma-

na, y que el médico necesite para bien curar el conocimiento de la voz y el camino del espíritu. Las eternas verdades que nacieron de nuestra Teología brotan de las páginas quietas de los viejos tratados y llenan de vida nueva los más nuevos odres. Lo que podía juzgarse caduco con mirada miope, medra con ímpetu renovado.

Yo no digo que las voces de los novadores se hayan levantado en nombre de la verdad cristiana. Cuando el gesto imperial de Benito Mussolini arrumbó el chirimbolo inútil del liberalismo político, cuando trazó con firme decisión la arquitectura corporativa, no pensaba en teologías, es cierto; pero por debajo de su voluntad consciente alentaba una teología que se acercaba con ansia a la nuestra y casi—en ocasiones—se hacía una con ella. ¡Qué gloria la de Falange, cuando salve ese breve paso por virtud de su Hispanidad!

Lo mismo en el orden de la Cultura. Los precursores que se levantaron contra la realidad decadente y ficticia del ochocientos eran hijos de su época, tal vez contaminados por sus males en no pocos casos. No obstante, a través de sus palabras fluían—por lo menos intencionalmente—los hilillos de la sabiduría de todos los tiempos. Ellos tenían ciencia, estaban ahitos de ella y aspiraban a convertirla en sabiduría; lo cual requiere, ante todo, humildad, abandono de los cánticos exaltados a la razón y retorno sencillo a la pristina realidad. Antes que a la fáustica avidéz de dominio, le es dada la verdad al que se coloca ante el mundo con ansia contenida y le interroga con voz queda. Las voces de aquellos precursores—Bergson, Bren-

tano, Dilthey—han llenado el mundo y nos permiten abrigar la esperanza de verlas enlazarse, ahora que el parto de una nueva era apuñala de cien dolores al mundo, en renovada polifonía católica. Cuando ellas balbucieron, por lo menos, ya el robusto Verbo Romano había trazado en medio de todas el canon perdurable de la Aquinidad.

El tomismo: he ahí la doctrina que ineludiblemente debe comprender y valorar, antes de iniciar su personal tarea, todo cultivador de la sabiduría cristiana. Observad que he dicho aquinidad y tomismo, no escolasticismo, precisamente para acentuar el valor axial de la doctrina. Hoy sabemos, en efecto, que el valor de las ideas no puede desligarse de la postura vital de quien las emite; y así como la filosofía y la matemática griegas no podrían comprenderse exhaustivamente sin la armonía vital de una serie trina y una, así también el valor sinóptico del tomismo muéstrase por entero en la persona augusta de Tomás de Aquino, en el cual confluyen la férrea solidez de sus conceptos de razón—yertos vasos vacíos en los labios de los escolásticos—y los deliquios inefables de sus contemplaciones eucarísticas. Así comprendido, el tomismo es sinopsis y no sistema; sinopsis de clave generosa, dentro de la cual caben todas las posturas del hombre que puedan tenerse por genuinamente humanas. La pura contemplación oriental y la pura explicación fáustica que ha sido lacra del Occidente confluyen así en armoniosa síntesis, bajo el signo iluminado del tomismo. Platón por la linde contemplativa, coronado por la mística cristiana—más allá, amenaza lo nirvánico—, Aristóteles por la ex-

plicativa—a dos pasos del progreso indefinido—encuadran el terreno de lo realmente europeo.

Esta visión sinóptica de la aquinidad—por lo demás, muy próxima a la que Jacques Maritain esboza en el inicio de sus *Sept leçons sur l' être*—viene a ser fiel trasunto de la *Weltanschauung* medieval, culmen de la cual fué el maestro aquinense. La comunidad vital en que se sentían los hombres del medioevo—acaso el rasgo más definitorio de la época, en opinión de Max Scheler—, la ordenación jerárquica del Sacro Romano Imperio, la sumisión humilde a lo divino de toda la vida medieval, encuentran su equivalencia en la consideración sustancial del mundo y en la arquitectura de cúpula de las sustancias, desde la material hasta la divina, piedras claves del orbe tomista.

Quien pretenda servir a la sabiduría cristiana, no debe olvidar, por otra parte, que su nudo vital está junto al Mediterráneo. Cuando el mundo se desquicia un poco, ha de recoger su norma y entonar su gusto junto a las costas que conocieron la dulcedumbre de la miel hiblea y el ritmo del espondeo y del yambo; y buscar reposo en el mar que aprendió de la Hélade su *Sofrosyne* y tembló de gozo bajo el ímpetu iluminado del Apóstol de las Gentes, viva lanzadera del telar de sus aguas azules. Solo al añoso olivo balear y al viejo pino del Janículo les ha cantado el viento el acorde eterno entre la verdad que no pasa y la vida que no se acaba. Solo en tales orillas pudo suceder el hecho estupendo de que aguas cristianas hiciesen germinar con recta decisión la semilla de verdad que nos donó el griego.

Cierto que todos contribuyeron a la obra de la gran cúpula. Roma, la eterna, dió de sí al hombre. La dulce Galia prestó el suave ámbito de sus colinas verdes, mientras España afilaba en carne oscura la espada de Trento. El germano señaló al cielo con la tensa inquietud de sus ábsides y sus ojivas y Africa la ardiente preparó la vía con la honda y vivaz sabiduría agustiniana. Dios y el Imperio, Unidad y Jerarquía en la cultura y en la vida conocieron su definición cabal en los siglos de la enorme y delicada Edad Media.

Cometeríamos un error notorio, sin embargo, si creyésemos que el Cristianismo había llegado a su expresión definitiva en los siglos medievales, porque el Cristianismo, por razón íntima de su naturaleza, no puede alcanzar *expresión definitiva*. Si tal creyésemos, a más de lindar—en cierto sentido—con un tradicionalismo doctrinal de consecuencias funestas, nos limitaríamos a vegetar con más o menos energía sobre aquel fondo nutricio. El tomismo tiene un núcleo imperecedero, el de las verdades cristianas que le sirven de esqueleto. En torno a él hay luego una apretada coraza de verdades especulativas, elaboradas inmediatamente por la mente humana a partir de aquellas, cuyo hallazgo—traducidas quizás a lenguaje diverso—es inevitable en todo sistema cristiano y son, consecuentemente, también perennes. Por fin, este recio cuerpo, que es como la solera de todo buen vino filosófico, se halla envuelto por el ropaje de afirmaciones y métodos no sujetos a intemporalidad, como hijos que son de tal o cual época histórica.

Conviene que nosotros, los católicos de hoy que pretendemos

serlo integrales, tengamos presentes estas verdades. Grandísima parte de los males que padecemos provienen de haber creído—o, por lo menos, de haber obrado como si lo creyéramos—que un determinado orden de cosas en el que vivíamos cómodamente era el que convenía en definitiva a la Ciudad de Dios. No quiero pasar ahora de lo estrictamente intelectual. El filósofo católico—sin recordar que ya Santo Tomás recomendaba tomar la verdad de donde estuviera y no preguntar quién la poseía—vivía sin conexión con el mundo, pensando más o menos expresamente que después de sus citas de Santo Tomás, de Cayetano o de Suárez ya no había nada que hacer. El llamado psicólogo católico conformábase con demostrar, silogismo en mano, la simplicidad y la espiritualidad del alma; y luego, a guisa de añadidura generosa, hacía unos cuantos experimentos recreativos, pero inanes respecto al núcleo vital de sus verdades. Mientras tanto, por no saber vestir de anécdota varia la sólida armazón de categorías que manejaba, iban estas quedando yertas, transidas de frío letal. Las verdades cristianas—que lo son de razón y de vida—eran sabidas, pero no vividas; y el concepto al cual falta el soplo animador de lo vital, declina inexorablemente hacia la inactividad de una aparente muerte.

Durante todo nuestro siglo XIX clamaron en el desierto las grandes voces de nuestros grandes hombres. Balmes, el prototipo del hombre que sabe pensar lo que vive y vivir lo que piensa, llenó estérilmente todo el ámbito español de su voz generosa. Filosofía, educación, política, vida cultural, todo cuanto estaba al alcance de su mente fué cristianamente ennoblecido

por ella. Tomó de Leibniz cuanto de bueno encontró en él y dejó con suave frase lo restante. Hablóle con sin igual alteza a Guizot, la máxima figura cultural de su época. Antes que Brentano, supo él disecar con afilado criterio lo que en Kant había de falso. Y, por añadidura, iluminó con nueva luz el campo fratricida de la política. Ahora que ya posee perspectiva histórica, ¡qué dolor, amigos, ver recortada sobre el yermo seco la figura del que llevó espíritu cristiano y espíritu español a todo cuanto tocaron sus manos nobles!

Medio siglo más tarde, el alma gigante y apasionada de Menéndez y Pelayo encontraba en torno suyo el mismo vacío de muerte. Su obra ingente pesa todavía sobre nuestros hombros como una herencia que apenas ha sabido aprovecharse. Mientras tanto, el profesor que iba el domingo a misa y se llamaba cristiano, no sentía ni la necesidad de acudir con las armas de su razón a la brecha de su propia disciplina en que se discutirían verdades para él vitales. Tienen todavía trágica actualidad aquellas palabras de Menéndez y Pelayo, pronunciadas hace casi cuarenta años, en el Primer Congreso Católico Nacional Español. Decía el maestro: *¡Y entre tanto, los católicos españoles (doloroso es decirlo, pero estos son días de grandes verdades), distraídos en cuestiones estúpidas, en amargas recriminaciones personales, vemos avanzar con la mayor indiferencia la marea de las impiedades sabias, y corromper cada día un alma joven, y no acudimos a la brecha, cada día más abierta, de la metafísica, ni a la de la exégesis bíblica, ni a la de las ciencias históricas, ni a ninguno de los campos donde*

siquiera se dilatan los pulmones con el aire generoso de las grandes batallas!

Tal ha sido la realidad hasta los días en que nos ha tocado vivir. Al margen del ejemplo que nos dieron nuestros grandes maestros, sin oír su triste augurio, vivimos con más temor que dolor las duras consecuencias de un siglo de errores. Con más temor que dolor, sí, porque cuando el lobo de la revolución aúlla en la calle y nos muerde el calcañar seguimos —como decía con dolor en sus entrañas Menéndez y Pelayo— *distraídos en cuestiones estúpidas, en amargas recriminaciones personales* y, desde luego, sin acudir a la brecha de nuestra propia actividad. Todavía, en casi todos nosotros, sigue escindida nuestra fe de nuestra conducta y de nuestra ciencia. Clamamos contra la ruina de los valores del espíritu y lo hacemos tan farisaicamente que solo nos sentimos heridos cuando alcanzan a nuestro privilegio o a nuestra comodidad.

He dicho privilegio. Sin embargo, no entendáis esta palabra—ya os dije que iba a limitarme a la realidad intelectual—referida a ninguna clase de bienes materiales. Mucho podría decirse acerca de ellos, pero no es esta la hora ni mi misión. Privilegio teníamos cuando la Constitución que rigió durante cinco decenios declaraba al Catolicismo religión del Estado. ¿Hicimos algo para merecer y conservar el privilegio? El intelectual que clama contra las industrias privilegiadas por el arancel porque le sirven productos materiales caros y malos, ¿tiene derecho a hacerlo, cuando él no supo aprovechar un privilegio constitucional y dejó que el contrabando revolucionario minase las

fuentes vivas del país? ¿Qué se hubiese conseguido atajando represivamente el mal de una propaganda si no se intentaba ganarle el terreno por medio de la abundancia de bien?

He dicho también comodidad. Vivíamos cómodamente los católicos, encastillados en la rutina de nuestras verdades. Renovar nuestra ciencia, buscar la verdad con ánimo tenso es incómodo. Olvidábamos que el cristiano, por definición, es un ser que vive incómodamente. Eso del sueño de los justos es una impostura: porque, para nosotros, el justo no lo es en tanto no quiera ser más justo, ni el perfecto lo es en tanto no quiera ser más perfecto; y esto, amigos, no es sino proclamar el principio de la incomodidad. Cuando se ha dormido cómodamente ese sueño de los falsos justos, como a nosotros nos ha sucedido, no es raro que al despertar se sienta el pinchazo de crudos hielos, como a nosotros nos sucede.

No he de seguir, sin embargo, por este camino. La crítica es fácil y amena. No he caído en ella por tentación, sino por contricción, pues solo del dolor sale un ímpetu de construcción verdaderamente fecundo. El cristiano, en efecto, no puede ponerse a construir con la alegría liberal del pagano. So pena de faltar a su propia naturaleza, necesita verse por dentro, conocer sus posibilidades y sus métodos. Intentémoslo, siquiera sea brevemente, en orden a la actuación intelectual.

Toda actuación del cristiano ha de partir de una íntima polaridad que vive en la quintaesencia del Cristianismo. Efectivamente, el cristiano se encuentra en el punto nodal de dos fuerzas que le atraen en direcciones opuestas: su deber de obediencia y

su deber de perfección. Ambos deberes, por exigencia de lo que es la vida cristiana, se enlazan estrechamente en el seno del espíritu, cuando le ilumina el sol de la gracia. En el hombre, empero, en el hombre de carne y hueso—salvo que sea un santo—, ambos se contaminan de la triste realidad de cada día: el deber de obediencia se tiñe un poco de adocenamiento; el deber de perfección se colorea más o menos de rebeldía. Estos dos gérmenes de contaminación son origen de grandes descarríos colectivos. La esclavitud gregaria del oriental no es sino la exageración de un deber de obediencia connatural al hombre; el ímpetu revolucionario no es otra cosa que una monstruosa hipertrofia del deber de superar cada día la realidad presente.

El cristiano, claro está, no puede llegar ni a lo uno ni a lo otro. Su humildad no puede ser humillación ni su dignidad orgullo insensato. No obstante, sin deshacer la necesaria polaridad entre las dos fuerzas, le es dado colocar el acento de valor sobre la una o sobre la otra. ¿Cómo dudar de la existencia de épocas disciplinadas y épocas rebeldes? Cuando el cisma nos divide, cuando hierven los impulsos de secesión, entonces la obediencia es virtud máxima. *Perinde ac cadaver*, decía San Ignacio a los suyos, precisamente porque los enviaba a luchar contra la vorágine reformista. Por el contrario, puede en ocasiones ser virtud prevalente la rebeldía. Teresa de Jesús, la monja inquieta y andariega, ¿no fué en realidad una rebelde cristiana? En los últimos cincuenta años, de España, cuando la paz interior era relativa, se hizo virtud la obediencia adocenada, cuando una sana rebeldía contra lo que había de podrido en la realidad so-

cial hubiese sido salvadora. Los tiempos han pasado y no hay por qué remover culpas. En cambio, ahora que el vendaval rugen en torno a nosotros, se cultiva por unos y por otros un secesionismo suicida en lo accesorio, sin que se levanten voces sanamente airadas contra el daño en lo esencial, contra esa paganización de la vida que nos invade.

En el orden intelectual es preciso, es urgente acentuar la nota de la rebeldía. Necesitamos vivir inquietos. Ahora que una nueva era comienza, hay que lanzar al mundo nuestras verdades, las únicas auténticamente revolucionarias. Es preciso purificar nuestras mentes y nuestros corazones, y para ello nada mejor que una cristiana rebeldía contra todos los posos de cobarde adocenamiento que depositó sobre aquellos un siglo de vida escindida y falsa.

Otra de las necesidades más urgentes del intelectual católico es la de comprender y valorar con exactitud lo que es la verdad del Catolicismo. ¿Os extraña? Pensáis, sin duda, en el Credo de los Apóstoles, en el Catecismo y me contestáis *in mente* que esa es la verdad del cristiano. Pues bien: yo os digo, sin temor al anatema, que ni eso, ni todo lo contenido en todas las Teologías, ni cuanto pudieran decretar ahora el Santo Padre y un Concilio Ecuménico, es la verdad íntegra del Catolicismo. La verdad integral del Catolicismo no la conoceremos hasta que llegue la madurez de los tiempos, porque su realidad inefable solo puede ser torpemente balbuceada por la mente de los teólogos. El Cristianismo es la vida de Cristo, la vida de Dios, la vida del que es y, por lo tanto, en él están contenidas todas las

verdades, desde las sobrenaturales más elevadas hasta las más humildes de las naturales. En consecuencia, durante nuestra vida terrena la verdad del Cristianismo es como un proceso evolutivo, en el cual lo ya conseguido es perenne, pero sin alcanzar nunca el conjunto un estado de acabamiento. Por eso decía al comenzar este capítulo que el Cristianismo no puede encontrar nunca *expresión definitiva*.

Perdonadme esta escapada a terrenos que no me conciernen. Me interesaba hacerla precisamente para descender al campo que nos toca cultivar. Porque si eso puede decirse en cuanto al mundo de los dogmas ¿qué no podrá decirse de nuestras pobres verdades terrenas? Esta postura ante las cosas—que no es escepticismo, sino valoración cauta y humilde de las invenciones de los hombres—me parece de la más decidida importancia. Nosotros, los católicos, hemos mirado siempre con recelo todas las verdades que no salían de nuestro círculo. Así se ha dado el caso, bastante frecuente, de valorar con exceso la ciencia, muchas veces vulgar, de determinados hombres, solo por el hecho de que ellos usasen ropa talar. Inversamente, tenemos una inclinación casi invencible a echar por los suelos conocimientos brillantes y profundos, solo por saber que provienen de un profesor descreído o porque choquen contra ciertos tópicos convencionales. Cuando Freud comenzó a hablar de la libidinosidad infantil, muchos de los nuestros rasgaron con santa indignación sus blandas vestiduras burguesas, olvidándose de que somos *bestiæ cupidissimæ* y de que San Agustín había dicho lo mismo y está en los altares.

Esta postura, a la postre, no acarrea sino grandes males, porque la masa ingenua, viendo cómo se expande y triunfa lo que le dijeron que era error, aplica ese criterio pragmatista de verdad, tan extendido, según el cual lo verdadero es lo que triunfa—criterio que tiene su partecilla de verdad, por que el mal y el error absolutos no pueden triunfar en este mundo redimido—y da por erróneo todo cuanto defendía, con su vacuidad mental, aquel que sin títulos se constituyó en catoniano censor.

El error procede de colocar vallas impermeables entre nuestro mundo ecuménico y el exotero de la paganidad, sin recordar—como suele decirse—que todos somos hijos de Dios. Pensemos que la Iglesia, el Cuerpo místico de Jesucristo, no puede equivocarse ni decaer; pero que el mundo cristiano—al cual pertenecemos nosotros con nuestros aciertos, mas también con nuestras debilidades—puede atravesar épocas de decadencia, en las que nuestra conducta intelectual sea muy inferior a nuestra metafísica y nuestra conducta práctica a nuestra moral.

¿Qué tiene de extraño que en esas condiciones pueda un gentil tomar parte de nuestro tesoro de verdad y de bien, vestir con ello un germen de error, por grave que este sea, y triunfar incluso dentro de nuestro mundo cristiano? Aun reconociendo todo el error y todo el horror del comunismo, ¿cómo dudar de que viene en contra de no poca podredumbre que, so capa de brillante, hay en nuestro campo? ¿a quién no se le alcanza que tendrá honda repercusión sobre la Catolicidad, que será el agente purgativo de nuestras blandas comodidades y que—como duro azote penitencial—, nos llevará a nosotros hacia una rea-

lidad más pura? Conviene que haya herejes, decía San Pablo. Conviene que, en el hervor del exotero, vaya junto el error con una partecilla de nuestra verdad. En todas las herejías, en todas las impiedades sabias, hay en lo hondo un adarme de verdad —porque el hombre redimido, cuando obra en serio, no puede ser *absolutamente malo* ni estar *absolutamente equivocado*— que no debe escapar al fiel contraste del cristiano sagaz. Conviene, por fin, que nosotros—intelectuales católicos—, después de habernos batido en retirada durante un siglo en el terreno de la ciencia, meditemos con seriedad estas verdades de hoy y de todos los tiempos.

El error cardinal en este sesgo que arranca de la *Aufklaerung* setecentista está en tener por verdad—desde un punto de vista subjetivo—a lo que satisface a la razón humana, cuando solo es verdad lo que satisface al hombre entero. Al hombre entero, esto es: a la suma una y armónica de los calientes ríos instintivos que dan cuerpo a su temple vital, de su fría razón conceptual y de las ambiciones e intuiciones—genuina vida del espíritu—que trascienden de lo temporal y lo terreno.

Hubo un breve lapso de la vida renacentista en el que la Cultura, sin perder su unidad jerárquica medieval y su referencia a lo divino, ganó fuerza en sus pies terrenales y se afincó con energía en la verdad natural. *¡Tránsito de la Virgen del Mantegna, Juicio Final* de Durero, versos—leche y miel—de Fray Luis, filosofía grávida de Juan Luis Vives, invenciones exactas e inefables de Keplero, qué bien servis de hitos en la hora del mundo que más admiro! Todo lo posterior es ya hipertrofia de

ramas culturales desgajadas y parcelación seguida de lo unitario. Molinos y Descartes separan la Naturaleza de la Gracia; Kant la verdad real de la verdad formal; la ciencia del ochocientos desgaja en artificios de razón la realidad primariamente intuitiva; ciencia racional y vida se divorcian, surge el irracionalismo—rumoroso de hervores vitales—que va desde Bachofen y Nietzsche hasta Bergson y Klages. También la cultura se hace invertebrada y no se entienden entre sí los cultivadores de cada compartimiento estanco; esto es, deja de ser auténtica Sabiduría. Lucha de clases, secesiones políticas, partidos, cantonalismos son el trasunto social de aquella cultura falsa.

Conviene que nosotros, desde ahora, lleguemos hasta la raíz del error y le denunciemos con grito vivo. Nuestra verdad es de vida y de razón; nuestros conceptos no son *dissecta membra* de una razón todopoderosa, sino arbotantes que van desde las más sublimes intuiciones a las más humildes relaciones humanas. En la nueva era del mundo—¿nueva Edad Media, a lo Berdiaeff?—ya no se dará el tipo del físico eminente y distraído que no vive la realidad política ni el del naturalista que niega la vida y el espíritu porque sus ojos analíticos y miopes no alcancen a comprenderlos. Dijo José Antonio con afilada frase que nadie nace miembro de un partido político. Podría decirse, análogamente, que nadie nace jurista o etnógrafo. Uno nace hombre, esto es, *horizonte entre el mundo corporal y el mundo del espíritu*, como dijo una vez Tomás de Aquino, y ha de atender primariamente a las exigencias específicamente humanas: a la necesidad de un fin trascendente, lo cual es Religión,

y a la exigencia de un ámbito vital humano, lo cual es Nación y Familia. Lo demás, todo lo demás, ha de cultivarlo por añadidura.

Hace unos meses, el maestro Giménez Caballero demostraba con garbo y estilo nuevos que la realización del Arte no puede desligarse de la realidad del Estado. Explícitamente en el texto, implícitamente en el título, colocaba ambos—conforme al hondo principio donosiano—bajo el signo de una Teología, de *nuestra* Teología. Es necesario hacer lo propio con la Ciencia. He ahí la tarea ingente que se ofrece, desde el comienzo de la nueva era, a nuestro ímpetu arquitectónico: la de llenar todos los odres nuevos con la solera vieja de nuestra Sabiduría. *Nova sint omnia—corda, voces et opera*. Hagamos la obra nueva con voces y corazón nuevos; pero extraigamos los sillares de la cantera inagotable de nuestro saber eterno, universal y cristiano.

Tras la exaltación, el reposo fértil; tras la floración, el fruto maduro y útil. Ensayemos, como en las antiguas fábulas ingenuas, la extracción de una moraleja en siete puntos, que sean como cuentas humildes y cotidianas de nuestro rosario intelectual.

1

Conocer íntegramente nuestra verdad. Vivirla. Saberla llevar en su plenitud cabal a todos los rincones de la vida, en cuanto ninguno de ellos puede hurtarse a su sentido y a su influencia.

2

Conocer que nuestra verdad, por culpas y errores nuestros—

cuya valoración solo puede hacerse con arreglo a las leyes eternas de la Ciudad de Dios, nunca por motivos históricos—, se halla desgajada en múltiples fragmentos, cuya posesión puede corresponder a manos paganas.

3

En consecuencia, hemos de buscar nuestra verdad con ánimo tenso, allí donde se encuentre. Hemos de pensar que el descubrimiento de nuevas verdades naturales nos es dado por ser criaturas de Dios, no por cristianos, aún cuando esas verdades se refieran al orden de la conducta humana.

4

Allí donde sea posible, debe intentarse la construcción de una síntesis de arquitectura cristiana. Una síntesis cristiana—eso sí, *auténticamente* cristiana—ha de ser mejor que cualquiera otra. Hemos de pensar continuamente que lo católico, lo universo, es por definición la antítesis de lo unilateral.

5

Uno ha de vivir incómodo, ha de huir de sentirse satisfecho de la propia obra intelectual y de la propia conducta. Nuestra misión de intelectuales católicos es vivir en peligro, movernos en aquella zona de la verdad natural lindante con el error.

6

Hay que tener presente en todo momento que la creación intelectual fría está condenada al fracaso. Por lo mismo que en todo hombre se dan en cabal armonía pasión, razón e intuición, nuestra obra intelectual—si ha de ser humana—debe llevar calor de vida y tender como sutil flecha hacia la zona de las in-

tuiciones puras, aquella en que el concepto, si ha de tener valor, ha de llamarse dogma.

7

Si el hombre es trino en cuanto a su persona—cuerpo, alma y espíritu, según la maravillosamente actual clasificación paulina y patristica—y a esa trinidad debe atemperar su obra intelectual, ha de tener presente que su vida transcurre en el ámbito que le da la realización social de cada estamento: Familia, Estado, Cultura, Iglesia. En el feliz equilibrio con que la obra abarque el sentido de tales estamentos sociales se halla el signo de su perennidad.

En estas horas de dolor gozoso y de esperanza inquieta, tal es la moraleja sencilla que yo quisiera ver seguida por los rehacedores de España, en orden a la vida del espíritu.

